

Esta es una pequeña muestra
del libro *Cultura y conexión*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2021 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

CULTURA Y CONEXIÓN

Daniel Strange



CULTURA Y CONEXIÓN



Conectando tu fe con lo que ves, lees y juegas

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#CulturaConexión

Cultura y conexión

Conectando tu fe con lo que ves, lees y juegas

Daniel Strange

© 2020 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *Plugged In: Connecting your faith with what you watch, read, and play* © 2019 por Daniel Strange. Publicado por The Good Book Company | thegoodbook.com.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblica, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de Las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation; las citas marcadas con la sigla LBLA, de *La Biblia de Las Américas* © 1986, 1995, 1997, por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-950417-46-9

SDG

201



Buscando ser buenos mayordomos de la creación, Poiema se compromete a un uso responsable de los recursos naturales. Por tal razón, hemos preparado este libro con papel ecológico para cuidar el medio ambiente.

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| Prólogo por <i>Timothy Keller</i> | 7 |
| Introducción | 11 |
| 1. Qué es la cultura (y por qué debería importarte) | 19 |
| 2. La historia de la cultura | 37 |
| 3. La cultura en forma de historias | 55 |
| 4. “¿Puedo ver...?” | 71 |
| 5. Confrontar y conectar: la teoría | 87 |
| 6. Cómo confrontar y conectar. | 95 |
| 7. Te toca: conexión cultural para discípulos | 105 |
| Aquí están algunos que he preparado... | 125 |
| Notas de texto | 161 |

PRÓLOGO

POR TIMOTHY KELLER

Una vez escuché a uno de mis profesores contar una historia sobre Paul Tillich, un teólogo alemán que era muy reconocido en círculos académicos. Cuando mi profesor era joven y miembro de la facultad en un seminario de Estados Unidos, se le dio la tarea de moderar una discusión luego de una conferencia a cargo de Tillich. Los estudiantes empezaron a hacer preguntas, pero en cada una el expositor reformulaba completamente la pregunta, “corrigiéndola” antes de responder.

Finalmente, mi profesor se armó de valentía y le dijo: “Profesor Tillich, esa no era la pregunta del estudiante. ¿Podría responder lo que el estudiante realmente preguntó?”. La respuesta que le siguió fue rápida y fulminante: “No, porque no están haciendo las preguntas correctas”. Mi profesor concluyó que eso podía ser cierto en parte, pero el resultado de esta táctica fue que los estudiantes se desconectaron y desestimaron a Tillich.

Dan Strange sabe que los cristianos contemporáneos nos parecemos mucho a aquel expositor ineficaz. Creemos que “Jesús es la respuesta”, pero estamos tan sordos a las fuerzas culturales que

nos rodean que lo presentamos como la respuesta a preguntas que las personas no se están haciendo. Por supuesto, el pecado hace que los seres humanos no nos hagamos la pregunta más fundamental de todas: “¿Cómo puedo yo, un pecador, ser reconciliado con un Dios santo y justo?”. Sin embargo, tal como nos muestra Dan en este libro, la imagen de Dios en todos nosotros y la gracia común hacen que las personas sí se hagan algunas preguntas correctas: “¿Quién soy? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Cómo puedo encontrar gozo y plenitud?”.

Cada cultura produce “textos” —cosas que ver, leer y jugar— que se basan en respuestas a esas grandes preguntas. Dan Strange nos muestra, de la manera más accesible que he visto, cómo un cristiano puede hacer un análisis cultural. Es decir, nos muestra cómo identificar en cualquier texto las respuestas particulares de la cultura a esas grandes preguntas. Luego demuestra cómo criticar esas respuestas (a la vez que afirma esas aspiraciones básicas) y finalmente cómo redirigir a las personas hacia Cristo, presentándolo como la verdadera culminación de sus búsquedas y la verdadera respuesta a sus preguntas.

El método básico usado aquí es uno formulado por algunos misiólogos del siglo veinte. El nombre “cumplimiento subversivo” describe perfectamente esta técnica. Los cristianos deben mostrar a miembros de otras religiones y cosmovisiones cómo el evangelio cumple o satisface los anhelos y sueños básicos del ser humano, y a la vez deben criticar a los ídolos falsos de cada cultura a los que la gente acude para satisfacer esos anhelos. El cumplimiento subversivo evita tanto el error del sincretismo como el de la irrelevancia. El pecado no debe ser denunciado en general, sino en las formas idolátricas particulares de cada cultura. La salvación no debe ser declarada en general, sino como el cumplimiento de las esperanzas

que todos tenemos (solo que la cultura nos lleva a ponerlas erróneamente en sus ídolos).

En *Conexión y cultura*, Dan Strange toma este método, lo trae al siglo veintiuno y lo hace fácil de usar para todo el mundo. Dan muestra convincentemente que esta es la manera en la que Pablo predicó. Pero esto no se trata simplemente de una estrategia para tener conversaciones evangelísticas (aunque lo es). Dan nos muestra que también es una manera de los cristianos entender el mundo y los textos culturales a los que se enfrentan cada día, para así poder vivir fielmente en el mundo sin ser del mundo.

Más aún, Dan dice que el cumplimiento subversivo debe permea toda nuestra comunicación, ya sea que estemos enseñando, predicando, pastoreando, instruyendo o conversando. Esto significa que nunca debemos atacar a las personas sin tratar de entenderlas, diciendo simplemente: “Tengo razón y tú no”. Tampoco se trata de una manera de mostrar lo actual y relevante que es el cristianismo. Implica tanto el respeto como la contradicción. Implica retar a las personas, pero mostrándoles que sus esfuerzos serán inútiles mientras hagan las cosas a su manera. Y significa ofrecerles, bajo los términos del evangelio, lo que todo corazón necesita: un propósito que el sufrimiento no te puede quitar; una satisfacción que no está basada en las circunstancias; una libertad que no destruye el amor y la comunidad; una identidad que no te elude, te aplasta ni te lleva a excluir a otros; un fundamento para la justicia que no te vuelve un nuevo opresor; un descanso de la vergüenza y la culpa sin recurrir al relativismo; y una esperanza que te permite enfrentar lo que sea con serenidad, incluso la muerte.

Hay muchos libros llamándonos a conectar nuestra presentación del evangelio con las necesidades y preguntas de la sociedad secular y pluralista. Y hay muchos otros libros llamándonos a vivir fielmente en una cultura occidental poscristiana, sin retirarnos y

sin volvernos parte de ella. Pero este libro nos dice y nos muestra cómo hacerlo. Realmente no hay nada como el libro que tienes en tus manos.

INTRODUCCIÓN

Vivimos en un mundo de información constante. Solo piensa en tu día hasta ahora. Esta fue mi mañana de hoy...

La alarma encendió la radio: un ministro del gobierno está siendo criticado fuertemente por una política de educación.

Paseo al perro, con mis audífonos puestos, escuchando un podcast de reseñas cinematográficas.

Preparo el almuerzo de los niños con música de fondo, tratando de evitar que nuestro hijo menor le diga a Alexa que toque la banda sonora de los Power Rangers a todo volumen. (¿Alguien puede explicarme por qué cuando grito: “Alexa, ¡para!”, no funciona, pero cuando lo hacen mis hijos ella obedece inmediatamente?).

Reviso una aplicación de noticias: política, economía, deportes, economía, política.

Reviso la aplicación del clima: lluvia.

Solo llevo unos 45 minutos despierto y ya mis sentidos han recibido todo tipo de información. Los expertos en tecnología han dicho que la cantidad de información generada desde el inicio de la humanidad hasta el 2003 eran unos cinco exabytes de data (un exabyte son 1000000000000000000 bytes). Del 2003 al 2010,

hemos generado cinco exabytes más. Para el 2018, el 90% de la data del mundo se había generado solo en los dos años anteriores. Cuando consideras que cada minuto se suben cuatrocientas horas de video en Youtube, no te sorprendes.

CONTAR HISTORIAS

Pero las personas no asimilan la información en forma de bytes. Nuestras mentes y corazones asimilan historias. Ahora bien, cuando digo “historias”, no quiero decir el tipo de historias que escuchabas en la escuela, con un principio, un desarrollo y un final (que suele ser bastante predecible). Estas historias son experiencias, sentimientos, imaginaciones e ideas comunicadas entre seres humanos. Las leemos en el periódico, las vemos en el cine, las escuchamos desde nuestras radios, las miramos en Instagram, las enmarcamos en nuestras casas.

Todos nosotros pasamos una buena parte de nuestros días recibiendo y contando estas historias culturales. Investigaciones recientes han mostrado que el estadounidense promedio consume más de diez horas de estas historias por día. Se piensa que durarás más de siete años y medio viendo televisión, y más de cinco años en las redes sociales. Con razón se ha dicho que la mayor competencia de Netflix no es otra compañía, sino la necesidad humana de dormir.

A la vez, muchos de nosotros nos sentimos abrumados por este bombardeo de información, al menos una parte del tiempo. Nos sentimos como el título de la canción que sacaron Rodgers y Hart en 1940: “Bewitched, bothered and bewildered” (“Embrujado, afectado y desconcertado”). Los motores de búsqueda nos han dado acceso a más información que la Enciclopedia Británica (si eres muy joven para saber qué es eso, ¡búscalo en Google!), y a pesar de eso nunca estamos seguros de si tenemos la respuesta correcta.

Toda esta información nos presenta un problema: ¿cómo sabemos qué es verdad? Por esta razón, buscamos alguna autoridad en la que podamos confiar. Por lo general, la mayoría de las personas poseen un deseo profundo de confiar en las personas y en las instituciones. Queremos que nuestros atletas no usen drogas y que los administradores de nuestros deportes no acepten sobornos. Algunos recordamos con nostalgia esos tiempos en los que los niños podían jugar en las calles, y cuando podíamos ir a comprar leche sin tener que cerrar todas las puertas. Pero ahora no podemos ni leer una noticia sin preguntarnos si será falsa. Pareciera que nuestras redes sociales son filtradas por algoritmos o corporaciones siniestras.

A los cristianos se le añade una pregunta más: ¿Cómo podemos saber qué es *correcto*? Como seguidores de Jesús, queremos pensar, hablar y actuar de una manera que honre Su nombre. Queremos “[poner] la mira en las cosas de arriba” (Col 3:2, NBLA), pero la realidad es que la mayor parte del tiempo nuestras mentes están sumergidas en una corriente constante de historias. El problema no es que estas historias culturales sean malas en sí mismas, sino que no estamos preparados para poder entenderlas y colocarlas en su lugar. ¿Cómo se conecta lo que veo el sábado por la noche con lo que escucho en la iglesia el domingo por la mañana? Apenas empezamos a pensar en ello y de repente inicia automáticamente el próximo video. Así que lo usual es que no nos detengamos a pensar.

No soy la excepción, y mi trabajo es pensar en estas cosas. La ambigüedad moral está en todas partes. Hace un tiempo leí una entrevista que le hicieron a Miley Cyrus, la estrella de Disney que se convirtió en un ícono global de la música pop. Por un lado, leí: “Estoy abierta literalmente a cualquier cosa que se haga bajo consentimiento y que no involucre animales ni a menores de edad. Todo lo que sea legal, lo haría sin problema. Puedo estar con cualquiera que tenga más de 18 años y esté dispuesto a amarme. No me

identifico como varón o hembra, y no necesito que mi compañero se identifique como varón o hembra”. Sin embargo, al final de la entrevista, ella empieza a describir su trabajo de caridad a favor de los indigentes: “No puedo pasar por ahí manejando mi [censurado] Porsche y no hacer ni [censurado]. Lo veo todos los días: gente que anda en un Mercedes, un Rolls Royce o un Uber y pasan ignorando a estos [veteranos] que han luchado por nuestro país, o a estas jóvenes que han sido violadas. Hace solo dos noches estaba haciendo un show... vestida como una mariposa. ¿Cómo es eso justo? ¿Cómo tuve tanta suerte?”.

¿Cuál es mi reacción? ¿Cómo compagino la filosofía sexual de Miley con su sentido de justicia social? ¿Me río? ¿Lloro? ¿Me molesto? ¿Me quedo en silencio? ¿Todo lo anterior? O tal vez lo único que puedo hacer es usar un emoji: 😞

Un poema reciente de Anthony Thwaite parece expresar lo que muchos de nosotros sentimos. Él describe el poema como “un suspiro cansado de un anciano”.

Caramba.

Cuantas veces uso esa palabra en estos días,
murmurándola silenciosamente
o petulantemente mientras suena el teléfono;
sorprendido por alguna noticia
o simplemente como una fórmula constante.
Pues las cosas pasan cotidianamente
y se van a la nada que esta vida parece ser,
día tras día, sin cesar.

Muy suave como para ser algo explícito,
muy repetitiva como para tener distinción,
un suspiro más que un grito de ira.
Cuántas veces digo esa palabra en estos días,

y puede que la diga hasta el día en que muera,
cuando la edad haya desgastado y endurecido todo
y no tenga nada más que decir que: “¿Por qué?”.

En pocas palabras, al mirar a nuestro alrededor, tal vez tengamos un póster de “Keep calm and carry on” [“Mantén la calma y prosigue”] en la pared, pero no nos sentimos particularmente calmados, y proseguir se nos hace cada vez más difícil.

TRES REACCIONES

Si llevas tiempo siendo cristiano, es probable que hayas escuchado el viejo cliché de que tenemos que estar “en el mundo sin ser del mundo”. Pero ¿qué significa eso? O tal vez has leído el texto donde Pedro nos dice: “Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes” (1P 3:15), pero tienes miedo de que alguien te haga una pregunta porque no sabes qué responder. ¿Qué si fuera alguien como Miley?

Entonces ¿qué podemos hacer? Creo que muchos cristianos responden de una de tres maneras (y el resto de nosotros reaccionamos con una mezcla de las tres).

Algunos solo queremos *escondernos*. Nos resguardamos en nuestros caparazones, manteniéndonos en nuestra burbuja cristiana, esperando a que pase el peligro. Nos tapamos las orejas para no escuchar el ruido que hay afuera, y a la vez cantamos a todo volumen que Jesús volverá pronto y todo lo de afuera va a desaparecer. Hasta entonces, nos mantenemos a salvo de las influencias mundanas leyendo novelas románticas de los *amish* o los libros que publica nuestro pastor famoso favorito. Si estuviéramos recibiendo terapia psicológica, a esta respuesta se le llamaría una “huida” santificada.

Algunos de nosotros *atacamos* instintivamente. Esta respuesta sería una “lucha” santificada. Nos molestamos hasta que se nos

pone la cara roja y acusamos con el dedo a la cultura que nos rodea. O simplemente rechazamos toda película que tenga escenas sexuales o malas palabras. En el peor de los casos, nuestra creencia saludable de que debemos discernir nos lleva a juzgar a otros injustamente. Nuestra proclamación de las buenas noticias de Jesús suenan como un discurso rabioso sobre la moralidad. Y luego nos preguntamos por qué las personas que están “allá afuera” no quieren venir a estar con nosotros “aquí adentro”.

Pero algunos de nosotros terminamos *imitando*. Sin importar cuál sea la motivación, nuestras vidas —nuestras dietas culturales— son indistinguibles de las de nuestros vecinos, y nuestras iglesias terminan pareciéndose bastante a un club deportivo. Tal vez se trate de un deseo bienintencionado de ser “relevantes”. Tal vez sea una reacción a los juicios injustos de muchos cristianos. Tal vez sea una simple indulgencia de nuestra naturaleza pecaminosa. Sea lo que sea, no solemos ser reconocidos como “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios” (1P 2:9). Nos hemos vuelto expertos en conformarnos a “los patrones de este mundo” a pesar de que se nos ha dado un mandato a que no lo hagamos (Ro 12:2).

Esconderte, atacar, imitar: ¿cuál es la forma en la que tiendes a responder?

¡CONECTA!

Déjame sugerirte otra manera, pues de eso se trata este libro. Es posible “estar en el mundo” en lugar de escondernos, y esto “sin ser del mundo” e imitarlo.

Es posible interactuar con la cultura de una manera que refleje gracia y verdad, no ira y justicia propia.

Es posible consumir cultura sin ser embrujados por ella, sin comprar todo lo que nos vende y sin quedar desconcertados por ella.

Es posible ver televisión o leer una novela o jugar algún videojuego de una manera que alimente nuestra fe en vez de marchitarla.

Incluso es posible que tú —sí, tú— seas esa persona que empieza a hablar con un amigo sobre el partido de la noche anterior y termina hablando acerca de Jesús.

Ese es el propósito de este libro: equiparte para eso. Te ayudará a procesar las historias culturales que escuchas cada día. Quiero darte la confianza para que evalúes la cultura y hables sobre ella de una manera que apunte a las personas a una realidad superior: la historia del Rey Jesús y Su plan cósmico para este mundo. Porque no puedes escapar de la cultura. Pero puedes conectar con la cultura.

QUÉ ES LA CULTURA (Y POR QUÉ DEBERÍA IMPORTARTE)

Como habrás podido deducir por la portada, este libro es sobre nuestra interacción con la cultura. Pero ¿a qué nos referimos al hablar de “cultura”? Este término es difícil de definir y tiene una historia bien compleja.

La palabra original que se traduce como “cultura” se podía interpretar de tres maneras en latín. *Colere*, que se refería a la agricultura (a labrar la tierra y cultivar). *Colonus*, que tiene que ver con habitar algún lugar. Y por último *cultus*, que tiene que ver con honrar y adorar. Guarda estas ideas por ahora porque luego regresaremos a ellas.

Hoy usamos el término “cultura” de diversas maneras, principalmente como un reflejo de la forma en que se ha usado en varias disciplinas académicas.

LA DEFINICIÓN BASADA EN LAS “ARTES”

En las artes y la literatura, “cultura” aún se asocia con la idea de un gusto refinado y buenos modales. Se trata de *ser culto*. Así que

Rupert (también conocido como “Rups”), quien sale a navegar por los ríos de Oxford, le lee cuentos de P. G. Wodehouse a sus amigos antes de ir a jugar al cricket y luego pasa una noche en la ópera, es culto. Garry (también conocido como “Gaz”), quien juega fútbol en el parque y luego cruza por el paseo marítimo de Southend en su Ford Escort para ir a comerse un kebab con una chica que conoció en el club nocturno Tots, *no* es culto... ¡es un plebeyo! Bajo esta definición, hay una serie de cosas que definitivamente pertenecen a una cultura, y cosas que definitivamente no encajan.

Por supuesto, si estás leyendo esto y no eres británico, es posible que no hayas entendido completamente estas descripciones de Rups y Gaz, porque eres de una... *cultura* diferente. Lo que nos lleva a nuestra próxima definición.

LA DEFINICIÓN BASADA EN LAS “CIENCIAS SOCIALES”

Más adelante, las ciencias sociales se adueñaron del término. Aquí la definición de “cultura” es mucho menos elitista y más amplia. Todos los seres humanos *pertenecen* a una cultura, y cada cultura hace su contribución específica. Además, la cultura no se refiere únicamente a una parte de nuestra existencia, como las artes. Más bien, se refiere a todas las actividades y todos los artefactos creados por los seres humanos —individualmente y como comunidades y sociedades— los cuales proveen orden, identidad y significado. La cultura abarca desde música e historias hasta lo que comes y cómo vistes (y cuándo); desde lo que pasa en una boda hasta si es socialmente aceptable silbar en la calle. Incluye lo ordinario y lo cotidiano.

Si bien no es tan elitista como la definición de cultura basada en las “artes”, en esta postura basada en las “ciencias sociales” era y es posible decir que algunas culturas contribuyen más a la existencia humana que otras. Uno puede hacer distinciones

entre culturas “primitivas” y “avanzadas”, o entre culturas “altas” y “pop”. Por supuesto, tales distinciones son debatibles y pueden ser controversiales.

Por ejemplo, mide tu reacción en nuestro ambiente cultural a este comentario que hizo el general Charles James Napier en los años 1850. Como comandante en jefe de las fuerzas británicas en la India colonial, dijo lo siguiente al enfrentarse a los sacerdotes hindúes que vinieron a él quejándose por la prohibición del *sati*, la práctica de quemar a las viudas en las piras funerarias de sus esposos:

Que así sea. Quemar a las viudas es su costumbre: preparen la pila funeral. Pero mi nación también tiene una costumbre. Cuando los hombres queman a sus mujeres con vida, los ahorcamos y confiscamos todas sus propiedades. Por lo tanto, mis carpinteros erigirán horcas donde morirán todos los involucrados una vez la viuda sea consumida. Sigamos todas nuestras costumbres nacionales.

Por supuesto, ningún embajador diría algo así hoy en día. Nuestra reacción al general Napier demuestra que ha habido cambios en las sensibilidades culturales durante estos últimos 160 años. Hoy somos mucho más reacios a hacer *prescripciones* de prácticas culturales, es decir, a juzgar si algo está bien o mal. Más bien preferimos las *descripciones* de prácticas culturales, las cuales no implican un juicio de valor. Así se hacen las cosas en las ciencias sociales. Sin embargo, esta supuesta neutralidad no encaja con nuestra experiencia diaria ni con nuestros instintos naturales. Decimos que “no queremos juzgar” y “que cada cual haga lo que quiera”, pero en el fondo se nos dificulta separar los hechos de los valores. Algo en nosotros quiere dar su opinión acerca del *sati* (¡o dar nuestra opinión sobre la opinión de Napier sobre el *sati*!).

LA DEFINICIÓN BASADA EN LOS “ESTUDIOS CULTURALES”

En los últimos 50 años, los “estudios culturales” se han convertido en una disciplina académica. Es un área bastante compleja que se nutre de todo tipo de campos de estudio, particularmente de la semiótica: el estudio de los signos, los símbolos y de la manera en que los interpretamos. Los estudios culturales se enfocan en los temas del poder y la política, y en cómo se relacionan con la etnicidad, la clase social, la edad y el género.

Algo que complica todo esto es reconocer que las culturas no son estáticas, “cosas” fijas y separadas, sino que más bien fluyen, evolucionan y se conectan entre ellas. Es confuso y enredado porque el mundo es confuso y enredado. La cultura y los estudios culturales son acerca de la identidad: cómo se define y, sobre todo, quién la define. Y los teóricos culturales usan todo tipo de términos complejos que nunca has escuchado a menos que seas un jugador frecuente de Scrabble. Pero la realidad es que parecen describir adecuadamente nuestro mundo y nuestro estado mental.

Se trata de reconocer que nuestro mundo es “glocal”, es decir, que hay influencias tanto globales como locales. Y de reconocer nuestra “hibridez”, es decir, que todos parecemos tener una mezcla de identidades culturales. Y de reconocer nuestra “liminalidad”, es decir, nuestra desorientación por vivir en medio de cambios culturales, en esa brecha que está entre donde hemos estado y donde vamos.

Lo vemos en McDonald’s, que parece ser lo mismo en todo el mundo, pero en algunos países vende cerveza y en otros no. También en zonas de restaurantes donde venden todo tipo de platos internacionales, pero sin ser demasiado exóticos para así agradar a la mayoría. En el rap y el hiphop, que aunque salen “straight outta Compton” [“directamente desde Compton”, una ciudad en Los

Ángeles de donde son muchos raperos reconocidos], han sonado por todo el mundo e inspirado el rap británico, el rap francés y otros más. Lo vemos cuando hacemos que lo viejo vuelva a ser nuevo, como en los casos de *La guerra de las galaxias: El despertar de la fuerza*, los discos de vinilo y la ropa de los años ochenta. Pero lo extraño es que mientras más identidades recolectamos, más incrementa nuestra inseguridad acerca de quiénes somos.

LA DEFINICIÓN BASADA EN LAS “HISTORIAS”

Vemos elementos de verdad en todas estas definiciones. Pero a medida que veamos lo que dice la Biblia acerca de la cultura en los próximos capítulos, quiero sugerir una manera más útil de enmarcar nuestro pensamiento. En lugar de ver la cultura como una “cosa”, la visualizaremos como una manera de vivir en el mundo y de interpretar lo que nos rodea. Para los propósitos de este libro, definiremos la cultura de esta manera:

La cultura es el conjunto de historias que nos contamos para hablar sobre el significado del mundo.

Y hay dos cosas que debemos notar aquí.

Primero: la cultura expresa un significado. Es la manera en la que interpretamos el mundo, aun cuando nuestra conclusión sea que el mundo no tiene sentido. La cultura es la manera en que comunicamos y “vivimos” nuestra cosmovisión: lo que es importante, lo que es correcto e incorrecto, lo que es verdad, cómo podemos conocer y cómo ser felices. Y con estas definiciones empieza la confusión, porque cuando un grupo de personas comparte una misma cosmovisión, tendemos a verlo como “una cultura” (como la cultura británica o la cultura japonesa). Esta “cultura” se expresa principalmente a través de las historias que contamos, y las historias que escuchamos terminan moldeando poco a poco nuestra cosmovisión.

Por ejemplo, algunas culturas tienen raíces que valoran lo individual por encima de lo colectivo, y viceversa. O ¿qué tal esto? En el Reino Unido, la mayoría de nosotros esperamos que el gobierno provea gratuitamente los servicios de salud, supliendo las necesidades médicas de toda la población. Las celebraciones del septuagésimo aniversario del Servicio Nacional de Salud reflejan y refuerzan su posición como tesoro nacional. Pero esto no describe los servicios de salud de otras culturas, ni es algo a lo que todo el mundo cree que debe aspirar.

Segundo, la cultura es un conjunto de historias. Algunas historias usan palabras, otras no. Algunas historias son ficticias, otras son reales. Algunas historias son largas, otras tienen 140 caracteres.

La trama de tu novela favorita tiene personajes que se separan, se reconcilian y vuelven a unirse. Pero esa historia expresa algo acerca del mundo: la trama comunica lo que a sus creadores les parece heroico, despreciable y verdaderamente valioso. Tal como lo hacen *El Show de Truman* y *Titanic*, “Sweet Child O’ Mine” y “Single Ladies”, *Orgullo y prejuicio* y *Top Chef*, Facebook Messenger y Mario Kart, *La cama deshecha* de Tracey Emin y la *Mona Lisa* de da Vinci, Twitter y Noticias CNN. Todos estos, de una manera u otra, cuentan historias que le dan sentido al mundo que nos rodea.

En los próximos dos capítulos vamos a explorar esta definición en el contexto de la historia de la Biblia, pero antes de eso, retrocedamos y respondamos otra pregunta: ¿por qué deberían los cristianos involucrarse con la cultura?

CUATRO RAZONES POR LAS QUE DEBE IMPORTARTE LA CULTURA

Por supuesto, dado que decidiste leer este libro y has llegado hasta aquí, es evidente que te importa la cultura. Pero por si no estás tan

convencido, permíteme mostrarte cuatro razones por las que nosotros, los cristianos, deberíamos procurar la interacción con ella (en lugar de escondernos, atacar o imitarla).

Volveremos a tocar muchos de estos temas en los próximos capítulos, pero considera esta breve descripción de lo que veremos y las razones por las que lo haremos.

1. Nos importa porque no tenemos opción

Vayamos al grano: tenemos que interactuar con la cultura, no nos queda de otra. Nos guste o no, interactuar con la cultura es inevitable porque los seres humanos somos criaturas culturales. Consumimos y creamos cultura todos los días. No podemos evitarlo. Pero también *pertenecemos* a una cultura, y esa es una parte innegable de lo que somos.

Como creyentes, lo principal de nuestra identidad es que somos un pueblo que está “en Cristo”. Pero esta realidad espiritual no quita la realidad terrenal de que todos somos de algún lugar. Todos nacimos en un momento específico, en un lugar específico y en una familia específica. Todos tenemos una identidad propia que expresamos en las historias que creamos, y un conjunto de historias culturales con las que crecimos y que a su vez han formado nuestra identidad.

Yo tengo más de 40 años, peso unos 90 kilos, mido 1’80 metros. Soy un hombre británico nacido en el sur de Essex, mitad blanco y mitad indo-guyanés, convertido a través de una organización de jóvenes llamada Boys Brigade [Brigada de Chicos]. Estoy casado, tengo un montón de hijos, enseño en una universidad teológica, sigo al West Ham United Football Club y soy fanático del jazz y de la música clásica. Esto afecta enormemente la manera en la que escucho a los demás y cómo me escuchan los demás, independientemente de que lo que más me defina sea estar “en Cristo”.

Y afecta mi manera de leer la Biblia y de comunicar el evangelio, y lo que hago cuando me reúno con otros cristianos en la iglesia. Por ejemplo, en nuestra iglesia nos reunimos los domingos en la mañana, me siento al lado de mi esposa y me quedo con mis zapatos puestos durante todo el servicio. Pero si mi iglesia estuviera en Lahore en vez de en Londres, ¡las cosas serían muy diferentes! O considera el ejemplo que vimos sobre los servicios de salud. ¿Puedes pensar en los diferentes asuntos que pudieran surgir y en las decisiones que una iglesia local podría tener que tomar en un país donde el gobierno no provea los servicios médicos?

Y la influencia de nuestra propia cultura definitivamente afecta nuestra manera de interpretar la Biblia; todos la vemos a través de un filtro cultural, como cuando uno ve las cosas a través de lentes con cristales tintados. Como ha dicho uno de mis héroes cristianos, el teólogo holandés Herman Bavinck:

Cada vez que el evangelio se va a predicar en un lenguaje diferente, a un pueblo diferente, hay que transmutar [traducir] una variedad de palabras, por así decirlo, y ofrecer un contenido nuevo. No existe un idioma con el cual se pueda transmitir el evangelio y que todo el mundo lo entienda exactamente de la misma manera.

El evangelio no “encaja” en ninguna cultura en particular. Pero yo, por supuesto, tiendo a asumir que el evangelio “encaja” perfectamente en el contexto inglés de clase media, es decir, que la manera en que *nosotros* hacemos las cosas como creyentes es como siempre ha sido y siempre será. O asumo que estoy por encima de la cultura, y que mi contexto no me afecta. Esta falta de autoconciencia cultural a veces me causa problemas, especialmente cuando tengo que trabajar y adorar junto con otros cristianos de otros contextos.

Si no pienso cuidadosamente en la cultura, no puedo discernir si he confundido el evangelio con la cultura, y si he sido demasiado rígido o demasiado flexible.

Por favor, no me malentiendas. No estoy diciendo que el significado del evangelio cambia dependiendo de la cultura. Dios reveló Su verdad con claridad. Él no está localizado en, ni está limitado por, ninguna cultura. Él es el único Creador, distinto de toda la creación. Así que aunque ningún ser humano puede *comunicar* la verdad del evangelio de una manera que no haya sido afectada por la cultura, la *verdad puede* estar por encima y más allá de la cultura.

No podemos escapar de nuestra cultura, por lo que debemos estar apercibidos de ella. Pero hay más: podemos y debemos *abrazarla*, porque reconocemos y celebramos la maravillosa combinación de la unión cultural de los cristianos, que no significa uniformidad, y de la diversidad cultural de los cristianos, que no significa división.

Cada mes hacemos un almuerzo congregacional donde disfrutamos de una maravillosa y abrumadora diversidad de platos que reflejan las diferentes nacionalidades representadas en nuestra iglesia (East Finchley Baptist Church): la India, Nigeria, Malasia, Indonesia, Irán y Gran Bretaña, por decir algunas. Nuestra manera de vestir los domingos puede variar un poco. No todos tenemos el inglés como nuestro primer idioma, por lo que algunas cosas se pierden en la traducción. Nuestros gustos musicales pueden ser bastante diferentes. Pero al ser hermanos en Cristo, podemos adorar juntos a nuestro Salvador, y eso es hermoso. De hecho, como dice un amigo que también es pastor, así es que la iglesia se convierte en una “casa modelo” del cielo nuevo y la tierra nueva.

2. Nos importa seguir a Jesús

Segundo, interactuamos con la cultura porque queremos seguir a Jesús fielmente mientras vivamos en Su mundo. Y parte de

vivir en Su mundo implica consumir y crear cultura. Veamos estas cosas por turno.

Primero, queremos ser fieles a Jesús al consumir cultura. Cuando el apóstol Juan escribió su primera carta a los cristianos en Asia, quería que lo último que escuchara su audiencia fuera esto: “Queridos hijos, apártense de los ídolos” (1Jn 5:21). Luego tocaremos el tema de la idolatría, pero mientras tanto, definamos los ídolos como dioses falsos que han cautivado nuestros corazones, cuando nuestros corazones deberían ser cautivados por Jesús. Para poder guardarnos de los ídolos, debemos ser capaces de reconocerlos y de saber cómo operan. Decir eso es más fácil que hacerlo. Creo que muchas veces somos como esa persona que ve un letrero que dice: “Cuidado, carteristas en el área”, y decide poner su billetera en el bolsillo trasero porque está seguro de que él se daría cuenta si alguien trata de sacarle algo. Ya sabes cómo termina esa historia...

Al igual que los carteristas, los ídolos son difíciles de detectar. La idolatría es sutil porque Satanás es hábil y astuto. Los ídolos no tienen un tatuaje en la frente que diga: “Soy un ídolo: aléjate de mí”. No, los ídolos son dioses *falsos* que saben cómo disfrazarse. La mayoría de nosotros sabemos cómo defendernos de ídolos conocidos como el dinero y el sexo. Y en nuestras iglesias estamos hablando cada vez más sobre “ídolos profundos” como el poder, la comodidad, la aprobación y el control. Pero creo que cuando se trata de los ídolos *culturales*, no somos muy conscientes, en parte por lo que dijimos anteriormente: o pensamos que la cultura no importa, o pensamos que no somos seres culturales. El problema es que la cultura nos arropa: no hay escapatoria.

¿Qué tal te estás guardando de los ídolos a la hora de votar? ¿A la hora de escoger una escuela para tus hijos? ¿Al decidir lo que vas a ver en la televisión? ¿Al hacer cualquier cosa durante todas

las horas de tu vida en las que no estás haciendo algo relacionado con la iglesia?

Pero hay más. Lo que he dicho hasta ahora podría sonar pasivo, defensivo y reactivo. Pero también debemos reconocer que, como seres humanos, fuimos diseñados para ser creadores y constructores de cultura. Para guardarnos de los ídolos tenemos que estar adorando correctamente, porque nuestros corazones están diseñados para adorar en todo momento. Hablaremos más de esto en el próximo capítulo.

3. Nos importa contarle a otros sobre Jesús

Interactuamos con la cultura porque nos importa el evangelismo y la apologética. Ahora bien, es cierto que la incredulidad es un asunto 100% espiritual: nadie es cristiano sin que el Espíritu Santo haga Su obra milagrosa de traer vida a corazones muertos. A la vez, el Espíritu Santo obra a través de medios. Mira las palabras que describen el evangelismo del apóstol Pablo en Hechos:

Pero Saulo cobraba cada vez más fuerza y confundía a los judíos que vivían en Damasco, demostrándoles que Jesús es el Mesías (9:22).

Todos los sábados discutía en la sinagoga, tratando de persuadir a judíos y a griegos (18:4).

Pablo entró en la sinagoga y habló allí con toda valentía durante tres meses. Discutía acerca del Reino de Dios, tratando de convencerlos (19:8).

Pablo dependía completamente de la persona y la obra del Espíritu Santo y, a la vez, razonaba, argumentaba y demostraba.

Es importante notar que razonar no significa ser “racionalista”: hacer de la razón nuestro juez o nuestra máxima autoridad. Nuestro Juez es Dios y Su Palabra es nuestra máxima autoridad. Argumentar no significa ser “discutidor”, como los personajes que vemos en ciertos programas de televisión.

Pero todo cristiano está llamado a dar razón de su esperanza (1P 3:15), y esto es más que un ejercicio intelectual, puesto que somos más que cerebros andantes. Tampoco es una esperanza aérea y etérea. Es una “esperanza viva” (1P 1:3). Es el tipo de esperanza que involucra todo lo que somos: nuestras emociones, nuestro intelecto, nuestra voluntad, nuestros deseos y nuestra imaginación. Somos personas completas hablando a otras personas completas, no solo para presentarles una filosofía, una cosmovisión o un mensaje (aunque el evangelio es todas esas cosas), sino a una persona.

¿Y qué tiene que ver todo esto con conectar con la cultura?

El punto es que el pecado y la incredulidad se manifiestan de diversas maneras en las culturas y las subculturas. Los académicos lo llaman una “estructura de plausibilidad”; en esencia, una cosmovisión:

Una estructura de plausibilidad es una red de creencias que están tan arraigadas en los corazones y las mentes de la mayor parte de una sociedad que las personas las creen tan inconscientemente o tan firmemente que nunca se preguntan si son verdaderas... Una de las principales funciones de una estructura de plausibilidad es proveer el trasfondo de creencias que hacen que los argumentos sean fáciles o difíciles de aceptar.

No necesitas ser un académico para entender esto. Lo experimentamos cada día. Hoy en día las buenas noticias sobre Jesús son

inaceptables en nuestra cultura. No es que la mayoría se haya sentido a estudiar seriamente el cristianismo y luego haya decidido que no le convence. No necesariamente han tenido una mala experiencia con cristianos que los haya desanimado (aunque algunos sí). Más bien, el aire cultural que han respirado los ha moldeado para pensar que el cristianismo es irrelevante, intolerante y falaz. Y por eso chocamos contra un muro en nuestros esfuerzos evangelísticos, y nos quedamos rascándonos la cabeza sin saber cómo lograremos conectar con la gente. Nuestra cultura es tal que Jesús está tan lejos del pensamiento de la mayoría que ni siquiera lo tienen como una opción a considerar, mucho menos a aceptar.

Este cambio cultural afecta nuestra manera de evangelizar. En el 1989, junto a otras 29.000 personas, me senté en el estadio de fútbol llamado Crystal Palace, en primera fila, para escuchar a Billy Graham predicar acerca de la riqueza de Salomón. ¿Piensas que volveré a ser parte de una oportunidad evangelística como esta en mi vida? Lamentablemente, la respuesta es no. En cada partido del West Ham, mientras miles se van acercando al estadio de Londres, le pasamos por delante a un hombre que está proclamando versículos bíblicos con un megáfono. ¿Alguna vez he visto a alguien interactuar con este hombre? Lamentablemente, la respuesta es no. ¿Estoy negando la fe de este hombre o el poder del Espíritu si pienso que hay maneras más eficaces de proclamar el evangelio?

Para explicarlo de otra manera, y con un poco de ligereza, queremos que las personas conozcan a Jesucristo (el VIP en esta ilustración), pero hay un par de porteros fortachones (de esos que son calvos y con tatuajes en el cuello) que están impidiendo el paso. Hasta que no logremos pasarlos, no podremos presentarles a Jesús. *Y la identidad de esos “porteros” dependerá de la cultura de cada persona.*

Permíteme ilustrarlo.

Cuando estoy enseñando sobre cultura, a veces finjo que soy el reconocido lector de mentes Derren Brown, porque puedo adivinar cuáles son las objeciones de los amigos no creyentes de la audiencia. Pero obviamente no estoy leyendo sus mentes, sino que se debe al principio de que, de manera general: “Me llevo bien con personas que son como yo” (lo que significa que termino con amigos que se parecen a mí). Así que si estoy en un lugar que está lleno de cristianos blancos y de clase media, sé que las objeciones de sus amigos tendrán que ver con la ciencia, los milagros, el mal, la hipocresía religiosa, la sexualidad y así sucesivamente. A veces se asustan al escuchar mi precisión.

Sé que si hablara a un grupo de cristianos con un trasfondo musulmán, sus amigos tendrían objeciones muy diferentes. ¡Nunca he escuchado a un hombre británico decir que el cristianismo no puede ser verdad debido a la política exterior estadounidense!

Así que para interactuar eficazmente con nuestros amigos y presentarles el evangelio —para poder darles una “razón” que ellos encuentren razonable— necesitamos entender exactamente cuáles son sus presuposiciones, y cómo podemos enfrentarlas. Y para poder identificar sus presuposiciones debemos entender su cosmovisión.

Ahora, ¿cómo podemos saber cuál es la cosmovisión de una persona? Mirando las historias culturales que consume y que crea.

Como ejemplo, podría ser útil que nos enfoquemos en la que posiblemente sea la cosmovisión más común actualmente en Occidente: el secularismo. La palabra “secular” es sumamente difícil de traducir, y los académicos (sí, ¡ellos de nuevo!) pasan mucho tiempo discutiendo sobre su significado. Sin embargo, los mejores análisis que he visto dicen que lo que define nuestra era secular no es tanto que haya disminuido la asistencia a las iglesias, ni siquiera la resistencia a que la religión tenga un espacio en la palestra y en la

política. Nuestra era secular no tiene tanto que ver con lo que las personas creen o no creen, sino con lo que les parece *creíble*. Se trata de credibilidad. El cristianismo, y la religión en general, es cuestionado y discutido de una forma que ni se consideraba hace cientos de años. Hoy en día es una opción entre muchas otras que también son cuestionadas, *incluyendo el ateísmo*. Cada opción tiene sus fortalezas y debilidades, y analizarlas todas nos deja abrumados y perplejos.

Como resultado, una de las características de nuestra cultura secular es que las personas están desorientadas y no saben estar quietas. Es el equivalente espiritual a entrar a Google para buscar el mejor restaurante de la ciudad y darnos cuenta de que hay diez posibilidades. Cada posibilidad tiene por lo menos una reseña de una estrella. Como resultado, cuestionamos todo y estamos cada vez más ansiosos; o, como dijo un filósofo, terminamos “fragilizados”.

En parte, esto tiene que ver con la confianza. Sabemos que donde hay confianza las cosas prosperan; queremos confiar en las personas y anhelamos con nostalgia los días en que los padres podían dejar que sus niños jugaran en la calle. Sin embargo, somos confrontados continuamente con historias de adultos y autoridades que abusan de la confianza que se les da. Sabemos que nos decepcionamos unos a otros, por lo que nos preguntamos si realmente es posible confiar en alguien. Como resultado, terminamos con una confianza cauta: nos obsesionamos con la seguridad (aunque estadísticamente estamos más seguros que nunca), siempre atentos a los posibles abusos de confianza y anhelando una confianza verdadera. Esto no es nada cómodo. Y, por supuesto, hay algunos beneficiándose de esta cultura de desconfianza. ¿O no has visto los anuncios que dan mientras tus hijos ven sus programas de televisión? Por cada comercial que vende algún juguete, hay otro vendiéndote algún seguro o con abogados preguntándote que si has estado en algún accidente para “ayudarte” a conseguir una compensación.

Es importante notar que este sentido de desorientación no solo lo experimentan los no creyentes. Nos guste o no, todos vivimos en esta era secular. *También los cristianos* inhalamos esta cosmovisión al consumir cultura cada día. Por ejemplo, ¿cómo decidimos confiar (o no) en las enseñanzas de un pastor en un mundo donde hay un millón de podcasts? Debemos ser honestos y cambiar nuestra percepción de que lo “secular” está “allá afuera” y entender que es el contexto cultural en el que seguimos a Cristo y hablamos de Cristo a los demás.

Pero hay esperanza. Estos “porteros” que mencionábamos son como los típicos matones del colegio. Hablan mucho, pero eso es todo lo que pueden hacer: hablar. Un golpecito en el estómago demostrará que no son invencibles. ¿La razón? De manera general, la mayoría de los inconversos asumen que sus objeciones son lógicas sin haberlas considerado con cuidado. Al preguntar un poquito más te darás cuenta de que ese es el caso.

Por cada ateo apasionado como Richard Dawkins o Stephen Fry, hay multitudes que dicen ser ateos o agnósticos, pero que no pueden aceptar verdaderamente que esta “vida bajo el sol” es todo lo que hay; son los que no tienen tiempo para el cristianismo, pero que aún creen en el valor, en el propósito, en el amor y hasta en la trascendencia (un nivel espiritual que va más allá de lo que podemos percibir). Son los que leen sus horóscopos todos los días o hablan de que algo “no estaba destinado a pasar”. Son los que podríamos llamar “religiosos” porque ciertamente están adorando *algo*.

Se resume de manera magistral al inicio del libro de Julian Barnes llamado *Nothing to Be Frightened Of* [*Nada que temer*]: “No creo en Dios, pero me hace falta”.

En una cultura donde pensamos frecuentemente que a nadie le interesa nuestro mensaje, la realidad es que sí tenemos vías para evangelizar, pero debemos saber dónde buscarlas.

4. ¡Nos importa Jesús!

Esta última razón es tal vez la más importante. Quizás debió ser la primera en la lista. Interactuamos con la cultura porque nos importa Jesús.

¿Quién es Jesucristo? Es Aquel a quien se le ha “dado toda autoridad en el cielo y en la tierra” (Mt 28:18). Él es *nuestro* Señor y el Señor del universo. Abraham Kuyper, el teólogo y primer ministro holandés, dio en el clavo cuando dijo: “No hay una pulgada en todo el dominio de nuestra existencia humana sobre la cual Cristo, el Soberano sobre todo, no clame: ‘¡Mío!’”. Jesucristo tiene el derecho de ser el Señor de todo. Él tiene “el nombre que está sobre todo nombre” (Fil 2:9). Él no se acomoda ni se adapta a una sola cultura; más bien, Él reclama todo lo que existe porque todo es Suyo.

Nosotros somos Sus embajadores y vicegobernadores. Los cristianos tienen el deber de desafiar las áreas donde el señorío de Cristo no sea respetado. Toda historia sobre algo en la creación que no conecte ese algo con Cristo está incompleta y, por lo tanto, es engañosa. Por esa razón: “Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo” (2Co 10:5).

Eso comienza con nuestro esfuerzo por someter nuestros propios pensamientos a Cristo, para Su gloria. No solo los pensamientos que son obviamente “malos”, como los pensamientos lujuriosos, sino *todos* nuestros pensamientos: sobre el dinero, la familia, la política y todo lo que nuestra cultura nos enseñe cada día que sea contrario a Cristo. El asunto es que muchas veces no detectamos estas enseñanzas.

Así que interactuamos con la cultura porque queremos luchar por el honor de Cristo para que Él reciba la gloria que Él merece.

PERO ¿CÓMO LO HACEMOS?

Nuestra interacción con la cultura tiene que ver con nuestra percepción de nuestra identidad como seres humanos, con nuestro discipulado cristiano, con nuestro testimonio y con nuestro evangelismo. Más que nada, tiene que ver con el señorío de Jesucristo. No hay nada más importante que eso.

Interactuar con la cultura es esencial, así que ¿cómo podemos hacerlo?

Para poder detectar las historias culturales falsas que consumimos cada día, el primer paso es que nuestros corazones e imaginaciones sean capturados por una historia verdadera que es supremamente mejor: la historia de la Biblia. Y eso es lo que veremos en el siguiente capítulo.

2

LA HISTORIA DE LA CULTURA

Una serie que ha sido muy popular en nuestro hogar durante estos últimos años ha sido la competencia culinaria *Masterchef Australia*. No es que a todos nos encanta, pues algunos de nosotros preferimos comernos el filete en lugar de ver a otros cocinándolo. Pero vale la pena ver la serie al menos para ver esos momentos en los que se les caen los postres. Se oyen los gritos ahogados desde el sofá cuando, después de haber pasado horas siguiendo una receta cuidadosamente, el postre pretencioso y ridículamente complejo de uno de los participantes se reduce a un desastre pegajoso en el suelo.

En el último capítulo vimos una breve introducción donde explicamos qué es la cultura y por qué debería importarnos. Ahora veremos el rol de la cultura en la historia de la Biblia. Incluyendo ese momento desastroso en el que todo se derrumbó, al igual que aquellos postres.

GOBIERNO: LOS SERES HUMANOS COMO CONSTRUCTORES DE CULTURA

Empecemos al inicio de la Creación. En el primer capítulo de Génesis vemos cómo Dios crea todo tipo de cosas buenas de la nada. No

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Cultura y Conexión*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2021 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!